Susy Delgado

El patio de los duendes

ARANDURÃ
EDITORIAL

SUSY DELGADO

Nació en San Lorenzo en diciembre de 1949.

Pasó su niñez en el campo, donde cursó la escuela primaria, casi hasta su culminación.

Continuó su formación general en San Lorenzo y luego estudió periodismo en la Universidad Nacional.

Vivió en Buenos Aires durante algunos años y en esta ciudad, inició sus estudios de danza, actividad a la que se dedicó muchos años, luego de acceder a importantes escuelas de Madrid y Londres.

Cursó un postgrado en Sociología en la Universidad Complutense de Madrid y de vuelta al país empezó a dedicarse con regularidad al periodismo.

Obtuvo una beca del Instituto Goethe de Alemania y en usufructo de la misma, cumplió un curso intensivo de alemán en Berlín.

Susy Delgado

El patio de los duendes

ARANDURÃ
EDITORIAL

© **Ediciones Arandurã**
Tte. Fariña 1036 - Teléfono 201307
Asunción - Paraguay
Queda hecho el deósito que marca la ley

INDICE

Hola, pequeño asombro **Pág.**

1. Hola pequeño asombro... 11
2. Y sin embargo... 13
3. Anoche soñe contigo... 14
4. Ternura clandestina... 16
5. Y al final de esa cuesta... 17
6. Soledad... 18
7. Porque quiero ese océano... 19
8. Sobre todo, los sábados... 20
9. Llueve en mi vieja casa... 22
10. Los milagros existen... 23
11. Y si de pronto, me ves triste... 24
12. ¿Quién me puede arrancar... 26
13. Yo tengo la culpa si tus ojos... 27

Una boina gris y un chaleco negro

14. Esos ojos que vuelven de pronto... 31
15. Y la tarde se había lavado... 32
16. Era una boina que guardaba... 34
17. Duendecillo de nieve... 35
18. Yo no quiero olvidar 36
19. No, mi frustrado compinche... 37
20. Prefiero amarte desde lejos... 38
21. Algún día vendrás... 40
22. Se ha de marchar un día... 41

Ese tren de los duendes... **Pág.**
23. Cuando todos los dioses... 45
24. Y la palabra tarde... 46
25. Cama de mujer sola... 50
26. Mañana... 51
27. Cuando descubro... 53
28. A veces me pregunto... 54
29. Es tarde, duendecillo... 55

Un invierno en Berlín
30. Nunca olvidaré... 59
31. Berlín es bella y clara... 60
32. Aquella fue una noche... 62
33. No fue casualidad... 63
34. Te amé sólo un invierno... 64
35. Yo esperaba tus ojos... 65
36. Berlín insospechada... 66
37. Hoy he salido a recorrer las calles... 67

Mis miedos y mis sueños
38. Yataity...

Y en el patio de los duendes,
Juan Bautista,
se instaló para siempre tu voz...

Octubre de 1991

PREGUNTAS Y SOSPECHAS SOBRE LA POESIA
(A manera de prólogo)

A veces me he preguntado si lo que escribo, tratando de atrapar esos resplandores fugaces de palabras milagrosas que parecieran espejarnos, es poesía.

A veces me he preguntado, cuando algún buen consejo me exigía invertir más kilómetros de tinta -muchos más de los que yo dispongo, y de ser posible, la sangre y la vida, si yo puedo pretender la poesía.

Y a veces me he preguntado, cuando el verso pelea por abrirse paso entre cacerolas y horarios y tarifas, entre el mal planchado rol de buena madre y el colectivo retrasado de la realización, si ésta no es la única poesía que puedo conocer.

Cuando pareciera no haber mucha brisa favorable entre las formas conocidas de la cotidianidad, la poesía, tercamente, quiere filtrarse y componer el *patio de los duendes*, con un poco de sueño y de palabras.

Susy Delgado

Hola,
pequeño asombro

1

Hola, pequeño asombro,
inesperada brisa,
sueño.
¿Quién te envió a visitar mi otoño,
mi quietud, mi silencio?
No te acerques así,
asomándote al surco del latido,
no me invadas así,
no me emborraches.
Pequeño asombro,
¿cómo pudiste flanquear el muro
y cómo estás tocando a mis ventanas?
¿No viste esos fantasmas rondando por mi patio
y una vieja tristeza
recostada en mi casa?

Es cierto que hay un sol
desde hace un tiempo,
habitando mi casa,
un sol que voy haciendo
con la sangre y el alma,
que va creciendo
despacito,
en mi casa.

¿Pero no viste que he cerrado
mis puertas y ventanas
a otros soles o lluvias o vientos?
Pequeño asombro
desatinado, ajeno,
no sigas perturbando
estas anochecidas aguas de mi fiebre...
Que hay fantasmas rondando por mi patio
y una vieja tristeza
recostada en mi casa.

2

Y sin embargo,
no te vayas, no dejes de tocar a mis ventanas,
de inaugurar en cada tarde,
el sueño.

3

Anoche soñé contigo.
Soñé que tú caminabas
sin saber que te miraba,
sin mirarme.
Soñé que yo te alcanzaba,
soñé que unía mis pies
a tus pies, y que mi cuerpo,
con el tuyo se enredaba.
Soñé que éramos dos niños,
dos en uno, un solo asombro
y una sola libertad,
caminando...

4

Ternura clandestina,
amordazada,
que crece y que palpita y se debate
en el desierto de las horas.
que se muere de frío y renace,
que desmaya de fiebre y despierta,
que solloza bajito y otra vez se agiganta,
cada vez más arriba,
cada vez más adentro,
cada vez más ternura, ternura, ternura...

Dónde estás,
que me abrazas entera
y te escapas,
así, tan mía y tan inalcanzable,
pobrecita ternura,
ternura,
ternura.

5

Y al final de esa cuesta,
he de avistar el valle
donde nace tu aliento.
Y allí divisaré
a un paso, a un latido, a un milagro,
tus hondonadas tibias...

6

Soledad...
si en tanta soledad
no has podido matarla,
¿qué puedo hacer
con esta miel que invade la tristeza?
Si de pronto parece que recobro
un aire antiguo
de guitarras transidas
y es el mismo perfume
que me devuelve el rostro de este patio vacío,
abrumado de chárlas y faroles...
Cuando la noche hiere
y hace estallar en mil pedazos
todas mis viejas ansiedades,
¿qué puedo hacer
con esta azul ternura,
con esta miel que invade la tristeza?

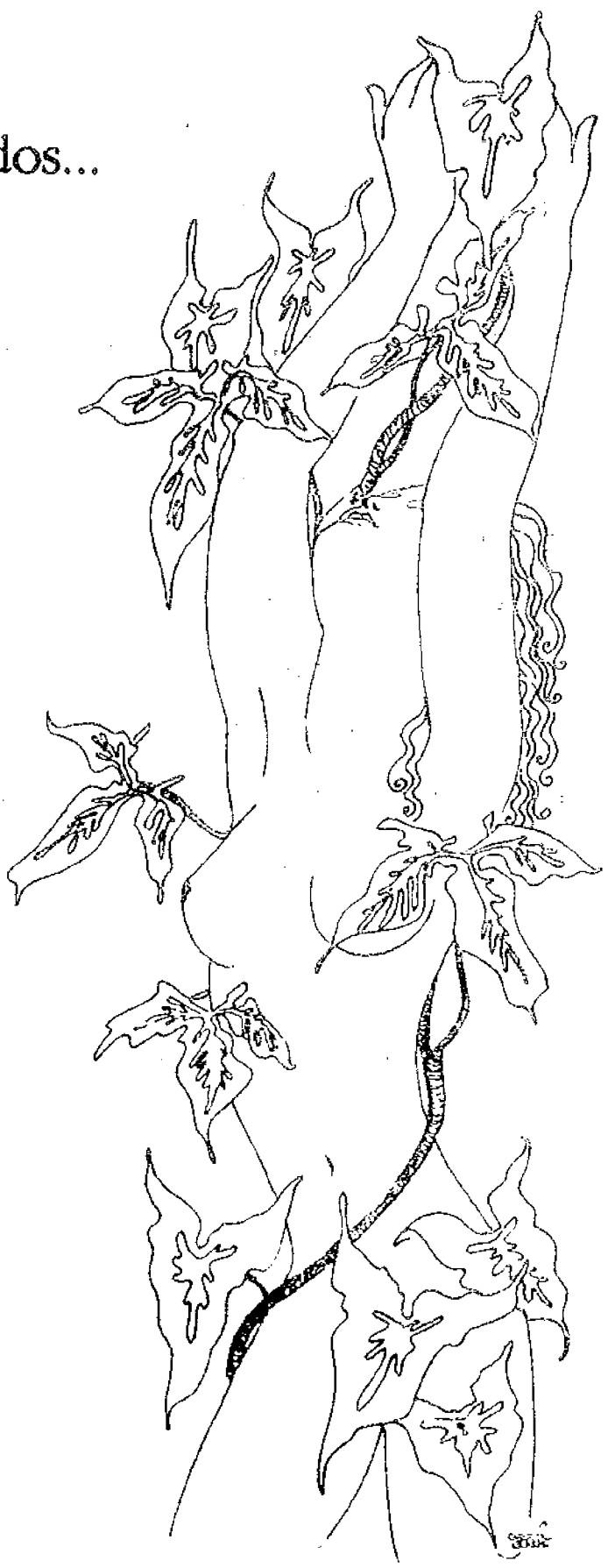
7

Porque quiero ese océano
que guarda mil tormentas,
ese oleaje hondo que hace estallar la vida
bajo el rumor dormido que nos lleva,
náufragos de un temblor irrenunciable.
Porque quiero esas aguas calientes
que emborrachan el tiempo
y devuelven la miel de una noche de octubre,
una noche cualquiera y para siempre.
Porque quiero el vaivén y el perfume
de esas honduras impensables,
que saben del color
de tu silencio largo,
de tu sonrisa triste
y de tu aliento, canción atragantada
en la garganta oscura de la piedra.
Porque quiero atrapar
ese estallido de la vida,
quiero ese océano que guarda mil tormentas.

8

Sobre todo, los sábados,
volver cabeceando hacia la tarde,
adormilada
de papeles y rostros y sudores
y montañas de horas
implacables, tiránicas.
Volver
hacia un extraño frío
que me toma las manos y recorre mi piel
palidecida al tiempo que la tarde.
Recobrar los contornos familiares
y deslizarme hacia el cansancio de las horas
de camisón y bañada de espera.
Y la espera me entornará los ojos
cuando la noche llegue de puntillas,
sembrando de suspiros,
las pequeñas colinas de mi pecho.
Y al paso de la noche,
me envolverá con un aliento de guitarras,
despertará una danza sensual en mi cintura,
vestirá de luceros mis hombros y caderas
y embriagará mi sexo con la miel de un recuerdo,
para amar lo que espera.

Amar absurdamente,
sobre todo, los sábados...



9

Llueve en mi vieja casa.
Antigua maravilla.
¿Cuánto tiempo ha pasado
por esas ventanas?
¿Cuántas lluvias lloraron historias
que de aquí se fueron?
Amanece de nuevo
en esta vieja casa
y amanece otra vez
el umbral de una historia,
el umbral de otra casa.
Otra vez, amanece lloviendo
para lavar el tiempo que se ha muerto,
para regar, con su piadoso llanto,
el tiempo que promete
una estrella pequeña,
una estrella lejana.
Pequeñita y lejana maravilla.

10

Los milagros existen.
Y son de carne y hueso,
tienen nombre y edad.
Pero a veces, enferman.
¿Y qué hacen los milagros
cuando enferman?
Pues,
dejan de trabajar y por lo tanto,
dejan de dibujar sonrisas
en las páginas grises
del diario diario...
Besos de mandarinas,
aguaceros de azúcar
y ráfagas de sueño
en las páginas grises
del curriculum vitae
de alguna poetisa.

Cuando un milagro enferma, de repente,
una tristeza pequeñita
camina despistada
en las páginas grises de la tarde.

11

Y si de pronto, me ves triste,
no me hagas caso.
Tengo un trato muy largo y familiar
con la tristeza.
Ella estuvo conmigo cuando supe
que soy apenas
una mujer con el poder del sueño...
Y eso lo sé
desde hace mucho tiempo.
Ella estuvo conmigo cuando el sueño
se enamoró de alguna libertad insospechada
y recogió después
mis versos malheridos, abandonados en la noche,
a la intemperie del olvido.
Siempre he tenido ese poder
y la tristeza siempre ha estado conmigo.
A esta altura,
nos conocemos entrañablemente
y hasta somos capaces
de matarnos de risa ante el próximo sueño,
ante el próximo verso malherido...,
la próxima tristeza.

Y si de pronto me ves triste,
no me hagas caso.
Me está doliendo ser apenas
una mujer con el poder del sueño.

12

¿Quién me puede arrancar
este viento
que me peina la piel,
levantando en el aire
una hechizada nube de pájaros sedientos?

¿Quién me puede arrancar
este rumor profundo
que se agiganta
cuando la noche es densa
y golpea en mis playas desiertas
como el eco de un sueño?

¿Quién me puede arrancar
este color azul
que derraman mis ojos,
desatando jardines de inacabable azúcar
en la huella del día,
enmudecida por la lluvia inútil,
traspasada de lunas
tempranas y sombrías?

13

Yo tengo la culpa si tus ojos
hieren en un segundo,
certera, mortalmente,
sin saberlo,
la carne de esta paz,
pequeñita, doméstica...
Yo no tengo la culpa
si tus ojos cabalgan la noche,
ladrones del silencio,
asustando relojes, luceros,
sembrando valles indefensos
de vientos sorpresivos,
despertando ese grito
que duerme entre unas sábanas...

Una boina gris y un chaleco negro

14

Esos ojos que vuelven de pronto,
desde una antigua herida,
son tal vez del amor,
porque me siguen,
me persiguen,
y miran largamente mi casa sola,
sola de largos días
y larguísimas noches.

Esos ojos
son tal vez del amor
porque me miran muy adentro,
están dentro de mí,
violando mi silencio,
como un hondo llamado.

15

Y la tarde se había lavado
milagrosamente,
espejando las calles
donde una boina gris
iba buscando el brillo
casi olvidado
de un chaleco negro.
Hurgó entre las gotitas
que temblaban
en los viejos naranjos
y se pintó de sombras tempraneras
junto a persianas altas
y altas paredes blancas.
Se miró en la humedad
que jugueteaba por igual
con el asfalto y las últimas luces
y preguntó a esa brisa rebelde
que burlaba negruras engañosas
justo a la orilla de la noche...

La boina gris
se puso casi negra
como el chaleco negro que buscaba.

16

Era una boina que guardaba
lejanas polvaredas
que todavía se encrespaban, de pronto,
en una terca pubertad...
Era una pubertad
que gastaba suspiros imposibles
violando el nombre de las estrellas altas,
imposibles...

Era un chaleco negro
que acercaba la sombra
de un sueño viejo y rubio,
herético y rebelde...
Era un sueño muy viejo
que guardaba
las resonancias de una lluvia honda,
de vientos y latidos indomables,
secretos,
imposibles....

17

Duendecillo de nieve,
duendecillo de luz,
pájaro equivocado
en mi aterido azul...

Arlequín de vaqueros,
aire y pies de Charlot,
niño de verdes vientos,
desatada canción...

Querubín de chaleco,
payaso de papel,
ángel de rubios besos,
mañanita de miel...

Duendecillo de luna,
de azúcar y limón,
niño, mano de espumas
con pupilas de sol...
Cántame, duendecillo,
tu extraviada canción.

18

Yo no quiero olvidar
tus ojos que me miran
lo que no ha visto nadie,
tu risa que enloquece la mañana,
tu piel de luna nueva
prometiendo dulzuras.
Muchachito de sueño,
descálzate y descansa en mi regazo
y déjame llorar
porque te quiero.

19

No,
mi frustrado compinche.
No me estás prohibiendo hacerte el amor,
como no me prohíbes hablar.
Me prohíbes volar,
beberme todo el cielo,
y lo serviste -compinche de ternura,
ternura de pastiche-
en mi copa vacía.
Me prohíbes oír
ese estallido de cien campanas desatadas,
ese rumor profundo que me canta en la sangre.
No me estás prohibiendo mirarte,
como no me prohíbes tocarte.
Me prohíbes reconocer y recorrer
lo que siempre he amado,
reencontrarme hermana
del mismo y viejo y dulce deslumbramiento.
Me prohíbes, mi frustrado compinche,
ni más ni menos que el temblor de la poesía.

20

Prefiero amarte desde lejos...
mientras oigo tu música lejana.
Aquí no pueden prohibirme
hundirme en el remanso de tus ojos
y conocer
sus más secretas turbulencias.
Aquí puedo mirar
a gusto,
cuando esas aguas
se encrespan y se vuelven
una quemante llamarada.
Puedo paladear
la miel caliente de ese fuego,
dejar que me acaricie las entrañas
y preñe mi silencio
de luces imposibles.
Aquí puedo llorar
completamente libre
porque las aguas, porque el fuego de tus ojos
me estallan dulcemente en las entrañas.

21

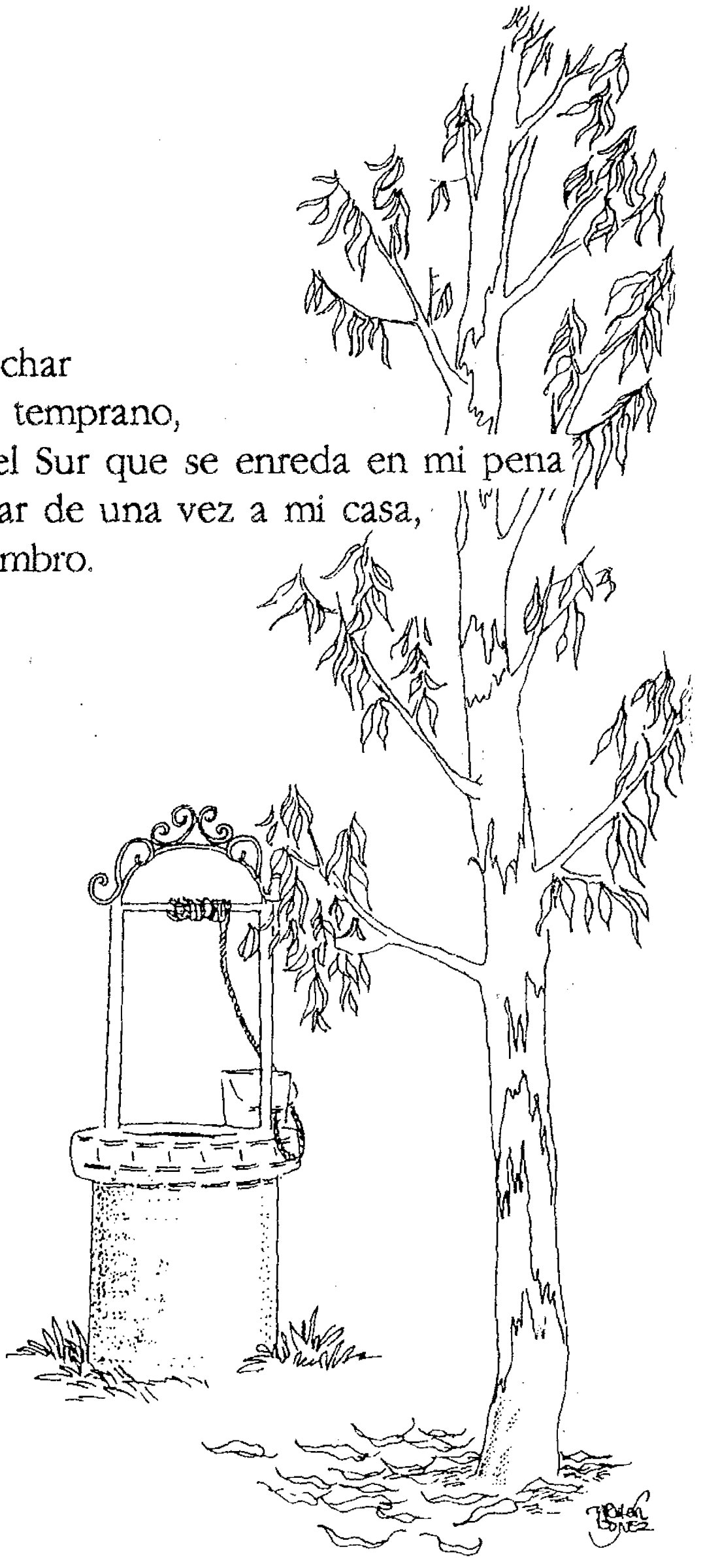
Algún día vendrás
y llenarás la tarde
que, desde un ruego amordazado,
ya no te esperará.
Te serán conocidas mis cosas
y amarás mis olores.
Habitarás sin lastimarme
esos cuartos vacíos que guardo
y amarás mi silencio.
Sé que vendrás a tiempo
para que sea niña todavía
y pueda refugiar en tu regazo
todo mi llanto apaciguado...
Niña para ser libre ante tus ojos
y ser amada niña en ese espejo,
niña de duendes recobrados
en la vieja quietud de la tarde.

22

Se ha de marchar un día
este invierno temprano
y has de volver,
pequeño asombro.
Y otra vez tocarás a mis ventanas.
Dejará el viento del Sur
de sollozar su queja entre los eucaliptos
y de enredar el frío en mis cabellos.
Y sentiré en mi patio
como una tibia calma
adormeciendo a los viejos fantasmas,
a esa tristeza vieja que encontraste
recostada en mi casa.
Y ese pequeño sol
que no quiso esconderse,
me lavará los ojos
endulzando la orilla de las cosas.

Pequeño asombro,
cuando vuelvas,
he de abrir de una vez mis puertas y ventanas,
con el dulce temblor
de esa brisa que a veces regresa
devolviendo la vida.

Se ha de marchar
este invierno temprano,
este viento del Sur que se enreda en mi pena
y has de entrar de una vez a mi casa,
pequeño asombro.



Ese tren de los duendes...

23

Cuando todos los dioses se han muerto
y ya se escriben con minúsculas,
cuando no queda ya lugar para el cansancio
y el amor se abarata
deshojando su espera que es inútil costumbre;
cuando hasta el verso languidece
porque la tarde tiene el color de la nada
y hay una pena niña que ya nadie recuerda;
cuando la noche otra vez sobreviene
como un inmenso pozo negro;
cuando todas las voces callaron
y la tuya no llama,
sólo puedo arañar el silencio
y quererte.

24

Y la palabra tarde
se va haciendo
arruga carnal, irremediable...
Mi casa ya olvidó
cómo se toma una copa de vino
antes de balbucear
el camino de una larga mirada...
Mis rincones no saben ya
cómo pueden las manos
seducir egoísmos, pobrezas,
y adueñarse del primer temblor.
Mi lecho está dormido
sin bocas ni olores que batallen
buscando el reposo final.

Y yo,
aquí voy tejiendo orgullosa
el más completo olvido
de lo que sea apenas disonante o...
exigente de pactos, entregas,
renuncias o transadas,
inmundas, domésticas.

Bien, gracias,
mientras la tarde
se va haciendo un vicio
para acunar sin culpas
a mis dioses...
Y no te atreves a venir
de una buena vez,
o no nos atrevemos a dejar
de ser el gato y el ratón,
envejeciendo entre zarpazos
y corridas cobardes.
O no nos atrevemos
a jugar el último round,
agotar los enredos y arañazos
de frente,
desenvainar enteras
las uñas del temor, la desconfianza,
orfandades diversas,
desgarrar de una vez
esta entrañable y terca soledad...

Es más fácil seguir
jugando al gato y al ratón
mientras la tarde se va haciendo
una oscura costumbre
que no perturba a nadie.

25

Cama de mujer sola
donde sobran suspiros...
Blanca almohada con olor a limpio,
olor a olvido frío,
rosadas manos cuyo rubor se muere
entre las sábanas...
Sombras que guardan sombras de suspiros,
sombras de manos tibias
espantando
la fría blancura de las sábanas...

26

Mañana,
sí, mañana
estarán a mi lado
estos mismos objetos,
estos muebles y plantas
y esta ropa que guarda
mis formas y mi olor.
Y no será lo mismo.
¿Quién podrá devolverme
estos precisos ángulos
que adivino en la noche
y puedo sortear o acariciar?
¿Quién me devolverá
esta costumbre de ponerme triste
en esta exacta perspectiva,
apelando a mi dulce
Señor de la Mano en el Pecho,
a mis libros que guardan
misterios insondados?
¿Quién me traerá de nuevo
las mañanas en el patiecito
y los pasos pequeños de mi hijo
cruzando el comedor,
subiendo el escalón,

regando risas cristalinas
desde el patio al portón?
¿Quién guardará mi aliento,
mi silencio,
mis gritos y los versos que hilvané
precisamente en este sitio?

27

Cuando descubro
las primeras arrugas
que la vida ha pintado en mi rostro,
me pregunto:
¿Habré de conformarme
con lo que he cosechado?
¿Seré capaz
de sentirme feliz
echando una mirada hacia atrás,
viendo
lo que no pude retener?

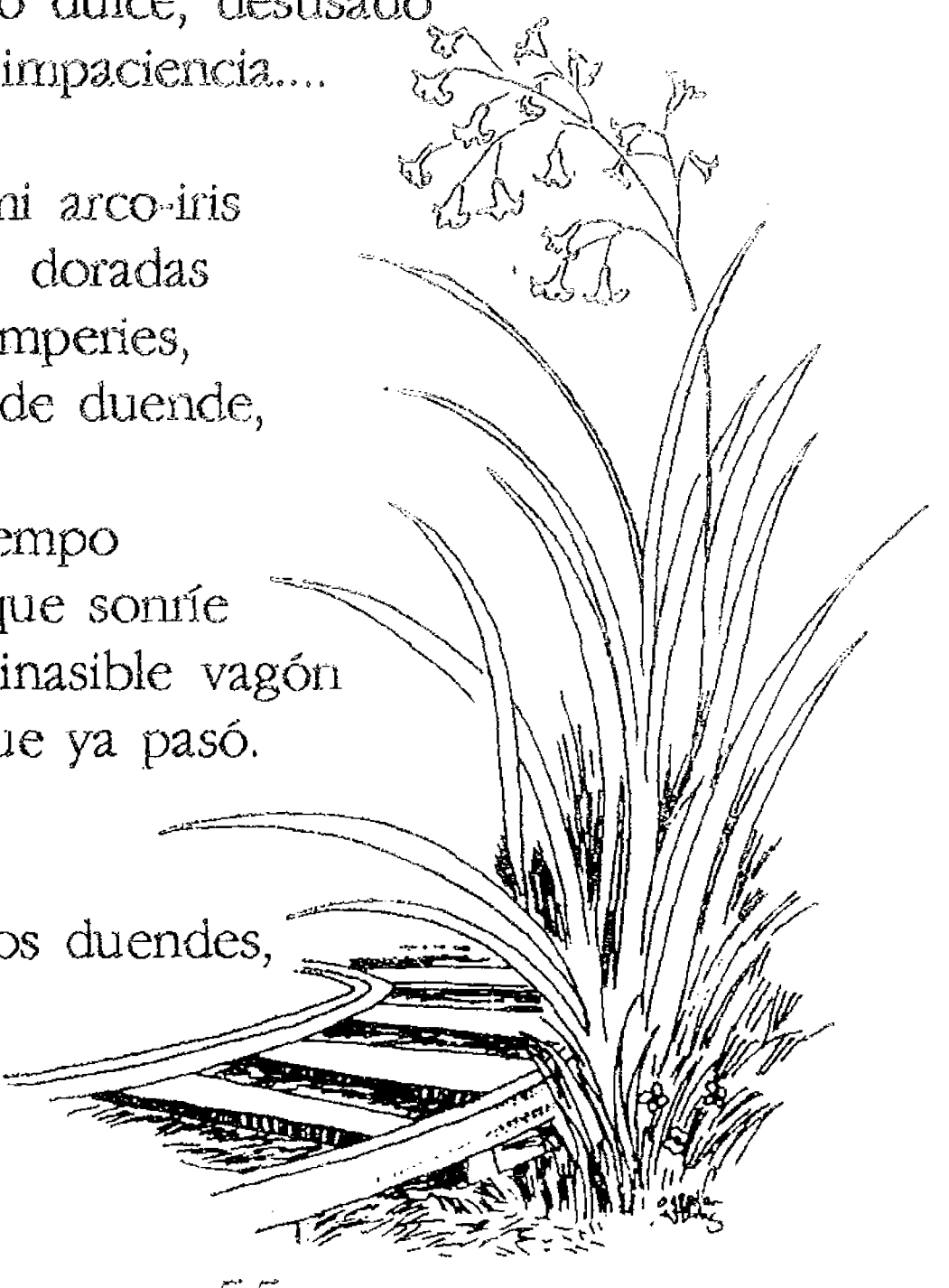
28

A veces
me pregunto
de verdad,
¿cuál es mi sitio?
Si no me corresponde
ni éste ni el de allá,
ni el otro ni el que sueño...
Si para mí hay tan sólo
lunas equivocadas,
cobertizos precarios
y lluvias a destiempo...
¿Donde está ese rincón
sin mezquindades
donde pueda latir en libertad?

29

Es tarde, duendecillo.
Ya llegas
a destiempo, a deslugar, a desrazón.
Es inútil
que enloquezcas el aire con tu risa
e incendies la mañana
con ese fuego dulce, desusado
de paciente impaciencia....
Es absurdo
que toques mi arco-iris
de añoranzas doradas
y azules intemperies,
con tus ojos de duende,
duendecillo.
Ya no hay tiempo
para tu risa que sonríe
desde aquel inasible vagón
de un tren que ya pasó.

Ya pasó
ese tren de los duendes,
duendecillo.



un invierno en Berlin

30

Nunca olvidaré
aquel invierno en Berlín.
Ojos azules, frío azul
que penetraba hasta las orfandades.
Berlín tenía muchos rostros,
muchos acentos,
mucha soledad...
Cuánto valía allí
-nunca pude saberlo-
una poetisa paraguaya-incipiente,
cuánto el amor
y la desesperanza...
Vals decadente en la tarde
que tirita en pantuflas,
jazz en la noche de vaqueros
y brillos tentadores,
organillo gastado
en la alegría contenida
de un muro derribado...
Berlín tenía
como un sabor dorado, efervescente...

31

Berlín es bella y clara,
ancha, abierta y lustrosa.
Pequeñitas y rojas,
las flores
encienden dulzuras pequeñas
en sus balcones altos, ordenados, coquetos.
Berlín tiene un olor distinto.
Huele a limpieza, a orden, a eficiencia,
pero también a humanidad
que late en sus vaqueros ajustados,
en melenas y alientos rebeldes
que arrancan brillos escondidos
de esos ojos azules,
azules
como el sordo ruido del Metro,
como el invierno
que cae lentamente sobre Berlín.
Berlín, ciudad madura, orgullosa y serena,
ciudad que ha sazonado sus dolores,
rebeldía profunda y callada,
eres una callada
invitación para el amor....

32

Aquella fue una noche
de pequeños milagros
en un camino extraño
que yo no había sospechado.
El tenía unos ojos
extrañamente tibios
y una sonrisa llena
de promesas secretas.
Y juntos anduvimos
un imprevisto camino de palabras
extrañamente enlazadoras.
Y en esa extraña ruta,
reconocimos unas estrellas altas
que yo he mirado siempre
en lejanos caminos
y que habré de mirar
desde ahora, tal vez,
recordando esos ojos,
esa sonrisa, esas palabras
extrañamente íntimas...

33

No fue casualidad
que ese día lloviera en Berlín.
Yo caminé las calles
con los ojos lavados
y se lavó en las calles
mi corazón
que se había tendido
desnudo, aquella noche,
junto a una butaca.
No fue casualidad
que lloviera después de aquella noche,
mitad calor y mitad intemperie,
en Berlín.

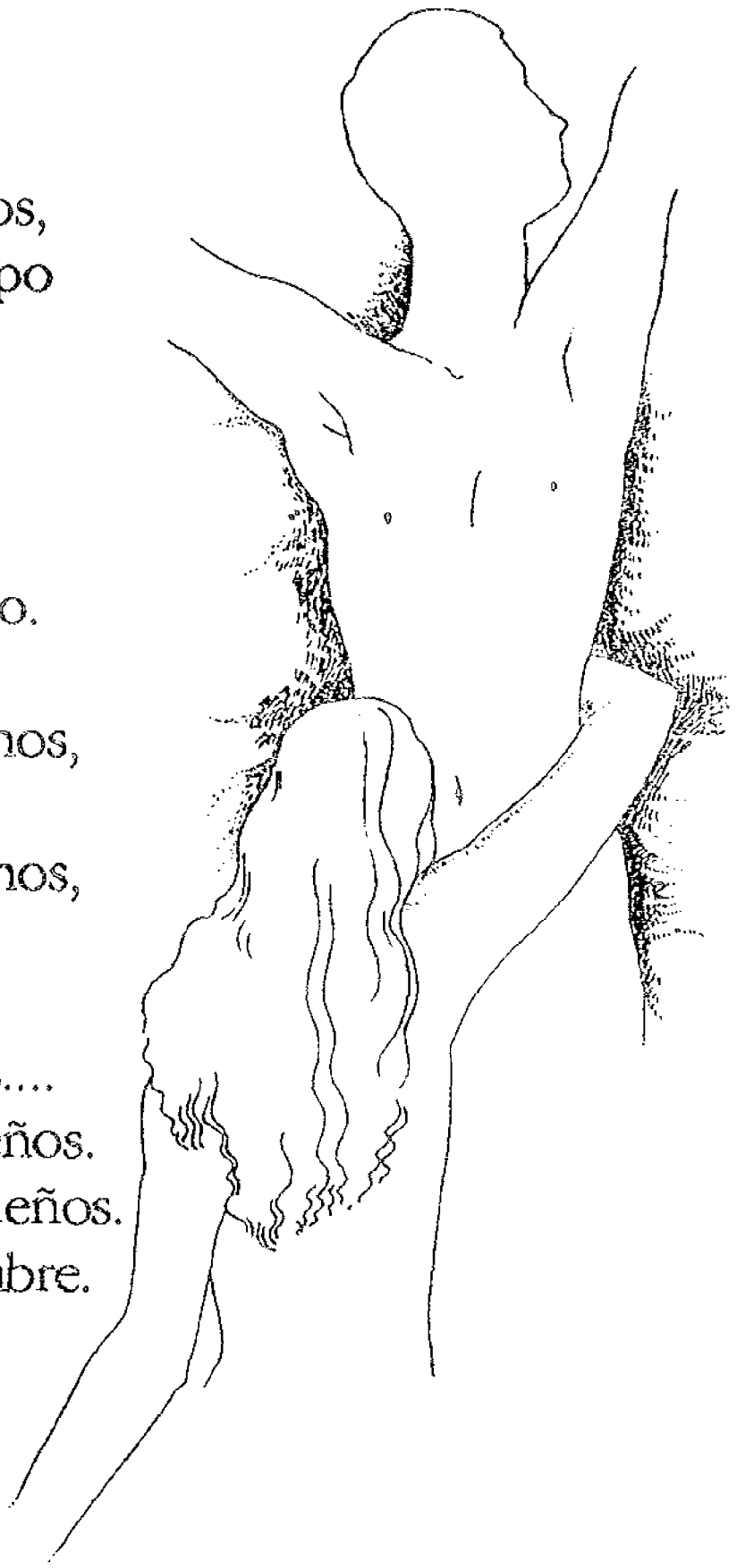
34

Te amé sólo un invierno,
un invierno muy blanco,
en una historia blanca
y breve.
Amé tus ojos claros
y tu mirada clara
y esa manera que tenías
de acompañar,
tan clara.
Y te tuve a mi vera,
al borde de mis manos,
una tarde de frío
y escalofríos que desfallecían
adentro, entre las sombras.
Pero ya estabas lejos
cuando estuviste cerca,
cuando encendiste, aquel invierno,
la dulzura más tibia,
la tibieza más clara.

35

Yo esperaba tus ojos,
yo esperaba tu cuerpo
y tu manera de latir
sencilla y generosa.
Yo esperaba tu voz,
esperaba tu risa,
tu calma y tu silencio.

Yo esperaba tus signos,
tus estrellas.
Yo invocaba tus signos,
tus estrellas,
en caminos y cielos,
ciudades y desiertos....
Yo esperaba tus sueños.
Yo nombraba tus sueños.
Yo esperaba tu nombre.



36

Berlín insospechada,
campana dulce...
Yo acaricié tu ritmo
y encontré
tu latido secreto...
Y yo escuché tu música, Berlín,
al borde del abismo,
a la orilla increíble
de la ternura.
Fría Berlín
de tantos rostros fríos,
yo encontré
en unos ojos tibios,
tu música profunda.

37

Hoy he salido a recorrer las calles
y a reconocer, una última vez,
la ciudad donde vives.
Caminé en sus anchas veredas
mientras el frío envolvía
los árboles desnudos
y me lavaba el rostro...
Pisé sus empedrados conocidos
que ya pronto
estarían cubiertos de nieve,
y alcé los ojos
hacia sus ventanales altos,
sus silenciosas celosías,
sus macetas que guardan
ternuras y tibiezas
que ya no habré de conocer...
Y descubrí otra vez
sus faroles callados,
una capilla que observará tus pasos
desde su alta torre,
unas esquinas que conocen
el ritmo preciso de tus pasos
y una taberna,

donde recordarás tal vez,
a alguna poetisa extraviada en Berlín...
Acaricié su Navidad discreta,
de luces pequeñitas,
de dulzuras pequeñas, guardadas,
entregándose, simple, a la tarde...
Y me nacieron las preguntas
mientras nacía en mí
la extraña libertad de llorar en sus calles...
¿Por qué no he merecido
conocer el arrullo del tiempo
en ésta, tu ciudad?
¿Por qué no habré de recorrer un día,
una tarde como ésta,
con una mano tibia enlazada a mis manos
y un niño que sonríe
prendiendo luces en la tarde?
¿Y por qué no estuviste
para escuchar conmigo
cómo cantan los pájaros
despidiendo la tarde
-esta última tarde que oscurece temprano-
y se encienden las luces
en ésta, tu Berlín?

¿Por qué no habré de amarte sin apuro,
en otras tardes largas,
en ésta, tu ciudad, que ya anochece para mí?

Mis miedos
y mis sueños

38

Yataity,
óga tuja ha kokue...
- Aguélo... Rosapukáivami
chermánandie, roguahẽvo.
Tatatina...
Oipeju po'i,
hayvi veve cheñe'áme...
"Santísimo Señor, redentor nuestro..."
- Eñatende, ne mitã,
no sirve dormí ante de rezar.
Yo quiero dormir,
yo quiero hacer pipí,
yo tengo miedo de Papá Dió.
- Aguélo, mi maestra hizo mal el problema.
- Ekiñĩrĩ, ne mitã,
ñane kakuaaguãre nañapu'ãvai.
"Vuestro somo y vuestro queremo ser..."
Pero Onofre murió
de diecisiete puñalada, Papá Dió.
- Aguelo, y los boliviano piko eran malo?
- No se pregunta esa cosa.
- Emañami pe mitã,
mba'éichapa ojeroky.
Aña remimbo'éngo pya'e voi jaikuaa...

- Aguelo, ¿qué quiere decir
"parejopitusanto"?
- Néike, ejei che rapégui,
mita juru guasu ha kuña jey ou vaerã.
"...así como nosotro perdonamo..."
Aguela nunca me perdonó.
- Yo no quiero ser modista, Aguela.
- Ndéko rejapo vaerã la nde sy he'íva.
La baile umíako mitakuña irríkovape guãrã,
umi heko vaívape guãrã.
- Aguelo, el Comisario
le pegó debalde a Kamba'i.
- Ekirĩrĩ, ne mitã.
- Mba'erekáiko la ohtudiavéta,
kuñángo hógape gũarante.
Mi muñeca tenía diecisiete vestidos.
En la casa vieja,
vacía y sola,
quedaron los diecisiete,
pero Mamá tenía casa y marido nuevo.
- Cháke San Lonrénzoygua, che memby,
ko'árupigua naiñinosentevéima...
Qué voy a ser inteligente
si yo piloteo nomás

y la profe me felicita.
- Ko'ãgagua mitã ndoguerokovéiima respeto.
- Aguela, mba'éicha piko amendáta ahayhu'ỹvare...
- Hero ideprovéchoko hína pejuayhu...
Che revikuápe.
El corría con el torso desnudo
y un sudor moreno recorría su piel...
Yo no entiendo por qué
es pecado hacer el amor.
Ñande kuñáko
opokónte ñanderehe la kuimba'e
ha ñanekangypaitéma.
- Aguelo, pero ndéngo "T'embe'a" ere hese ha revota jeýnte hese...
- Ha ndépa nekomunístama avei ko'aga.
Cómo se dice "Tengo unas ganas infinítas de querer, de decir, de ser..."
¿Cómo se hace para llorar de verdad?
- Ndéiko rekéta pe libro ári.
Oime vaerã libro vai hína.
Miguel Hernández
y dialéctica kañyháme.

Revolución en migajas deslumbrantes
y tres poetas que iban a morir.
Pero en la facultad se estudia menos todavía.
- Mba'éichaiko la kuña oikóta
pyhare pérupi.
¿Serán poemas las cosas que yo escribo?
- Ko'ãvako ohóma oñehundívo la Guenosáirepe.
- Ani nerasẽ, Aguela
Rojúne Navidarã.
Monoblocks de cemento, grises idénticos
y un acento nuevo martilleando adentro...
Plaza Francia y las chicas oliendo a cogidas.
Café La Paz, Fellini y Wilhelm Reich...
Caminan demasiado rápido.
El ser nacional, la unidad básica
y... pese a todo, no te pude retener.
Y más adentro:
"Ajahe'óta pendeapytépe,
narotivéigui che vy'a'ỹ..."
Un, dos, tres, cuatro,
plie...
y análisis los miércoles.
- Rehechamínga'u, Aguelo, la Plaza de Mayo.
Ndojekyhyjevéimako ko'ápe.
Pero esa tarde tuve miedo

y en mi vientre latía un grito inalcanzable....
¿Una poetisa puede trabajar de muchacha?
- Mba'éicha piko la nderejuhuiete voi
la nemenarã...
- Hetaitereíngo ajuhu.
Pero hi'a chéve, Aguela,
ndaporo hayhu kuaái....
Che Santo ára mboyve,
tataindymícha regue, Aguela.
Nereñembo'e rei mo'avéima.
Abrí el placard y te volví a querer
igual que aquella hora,
por un último mes.
¿Por qué serán tan grandes los aeropuertos?
Arguelles y muy cerca
de la "Casa de las Flores".
Pero hace mucho frío...
- Aguelo, pero ko'ãpengo la komunistakuéra
ikatólikonte avei...
Bisexual, trisexual... Mi querido pasota,
me estoy muriendo de sueño y soledad
y no te decidís.
Rafael Alberti se sentó a tres metros de mí.
"Melancolía de saberse tan lejos..."

Cuántas películas vimos
y no entendí que tu cariño
duraba más que tus cigarros.
- Kuña pituva...
- Ha ndéiko reimo'ã la nerembo hàguére...
Porque yo sólo sé decir...
¿A quién carajo le importan
mis miedos y mis sueños?
No se puede prohibir el amor
y no se puede ser igual
después de esa piel...
"Como la libertad que se me escapa de las manos..."
yo me prohibí algunas cosas para siempre.
- Ha la mitãru piko moo oime...
- Ha la mitãrúko noívai voínte, Aguelo.
"Eju, che memby, néi, jajeroky..."
En este país no se lee
y en guaraní, menos.
Pero yo sí me leo. Y todavía espero, tercamente.
- Tataindymícha regue, Aguelo. Reieténepa ndave.

Ikatúne puku che, ko mitãmindie,
ambojuapy nde rata,
ahupyty pe Ñe'e...

INDICE

Hola, pequeño asombro **Pág.**

1. Hola pequeño asombro... 11
2. Y sin embargo... 13
3. Anoche soñe contigo... 14
4. Ternura clandestina... 16
5. Y al final de esa cuesta... 17
6. Soledad... 18
7. Porque quiero ese océano... 19
8. Sobre todo, los sábados... 20
9. Llueve en mi vieja casa... 22
10. Los milagros existen... 23
11. Y si de pronto, me ves triste... 24
12. ¿Quién me puede arrancar... 26
13. Yo tengo la culpa si tus ojos... 27

Una boina gris y un chaleco negro

14. Esos ojos que vuelven de pronto... 31
15. Y la tarde se había lavado... 32
16. Era una boina que guardaba... 34
17. Duendecillo de nieve... 35
18. Yo no quiero olvidar 36
19. No, mi frustrado compinche... 37
20. Prefiero amarte desde lejos... 38
21. Algún día vendrás... 40
22. Se ha de marchar un día... 41

Ese tren de los duendes... **Pág.**
23. Cuando todos los dioses... 45
24. Y la palabra tarde... 46
25. Cama de mujer sola... 50
26. Mañana... 51
27. Cuando descubro... 53
28. A veces me pregunto... 54
29. Es tarde, duendecillo... 55

Un invierno en Berlín
30. Nunca olvidaré... 59
31. Berlín es bella y clara... 60
32. Aquella fue una noche... 62
33. No fue casualidad... 63
34. Te amé sólo un invierno... 64
35. Yo esperaba tus ojos... 65
36. Berlín insospechada... 66
37. Hoy he salido a recorrer las calles... 67

Mis miedos y mis sueños
38. Yataity...

Este libro se terminó de imprimir
el 10 de noviembre de 1991
en los Talleres Gráficos de la
EDITORA LITOCOLOR
Cap. Figari 1115 - Teléf. 203 741
Asunción - Paraguay

Una casa en la que habita la tristeza recibe la visita, sin anuncio, de un puro asombro: una brisa portadora de revelaciones. Así comienza el libro y, cuando todo nos permite suponer que estamos a un paso de conocer tales revelaciones de labios de la brisa, el libro nos propone su propia realidad y se abre a los cambiantes vientos del amor y la nostalgia. Pero la fé en la poesía no cambia; permanece invariable la confianza de Susy Delgado en la exploración de sus sentimientos como en la más segura fuente de lirismo.